

JORGE VOLPI

LAS AGUJAS DEMENTES

MÍNIMATEATRO, 14



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 14

© Jorge Volpi, 2020

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
www.puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección ortotipográfica: Luis Porras
Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 978-84-18322-65-5

Thema: DD

Depósito legal: M-4310-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

The woman is perfected.

Her dead

Body wears the smile of accomplishment,

The illusion of a Greek necessity

Flows in the scrolls of her toga,

Her bare

Feet seem to be saying:

We have come so far, it is over.

SYLVIA PLATH, «Edge»

PERSONAJES

TED, poeta

SYLVIA, poeta

ASSIA, traductora

DAVID, poeta

Los cuatro tienen cerca de treinta años. Ted y David llegarán a ochenta, pero no deben ser caracterizados como tales.

Risas y llanto grabados de Shura, la hija de Assia.

Voz grabada del poema «México», de Robert Lowell.

Una pequeña casa familiar inglesa.

Una estancia con un sillón, varias sillas y una gran mesa al centro.

Una ventana hacia el jardín.

Una pintura de una enorme perca.

Una puerta al baño.

Unas escaleras a un segundo piso que no se ve. Una pequeña cocina con el horno en un lugar central.

La acción se desarrolla en un tiempo indeterminado a lo largo de cuarenta años, pero el atuendo de los personajes hace pensar en los años sesenta.

1

Noche cerrada. La luz refleja el resplandor azulado de la nieve.

En la cocina, Sylvia, en un vestido rosa pálido, mira el horno fijamente, hipnotizada. Abre el refrigerador y saca una botella de leche. Sirve dos vasos y los coloca en una bandeja. Luego toma una caja de galletas, extrae unas cuantas y las coloca en un platón. Toma la bandeja con cuidado y, esforzándose por equilibrarla, avanza hacia la estancia, sube las escaleras y desaparece en el segundo piso.

Baja a los pocos minutos y se dirige de vuelta a la cocina. Enciende el gas, abre la puerta del horno e introduce la cabeza en el interior.

Las luces se adormecen poco a poco hasta que solo queda el brillo mortecino del horno.

Oscuro.

Un luminoso mediodía de primavera. La luz del sol se filtra por las ventanas e ilumina la estancia y la cocina.

Sylvia acomoda los cojines, limpia la mesa con un trapo y coloca un florero en el centro. Oscila entre momentos de enorme fuerza y otros de extrema debilidad. Se le nota permanentemente dolida, acaso más hacia sí misma que hacia Ted, su marido.

Entretanto, Ted y Assia escriben en lados opuestos de la mesa. Ted es robusto, corpulento, inspiraría miedo si no fuera por cierto aire de debilidad en su mirada. Assia, morena, con unos enormes ojos verdes, sería una pura seductora si no se sintiera empequeñecida ante figuras como Ted o Sylvia. Mientras Ted anota y tacha sin cesar, Assia no se concentra y lo mira de reojo, fascinada.

Sylvia se acerca a Ted, desliza una mano sobre su hombro y observa lo que escribe sin que él repare en su presencia. Molesta, se hace a un lado.

SYLVIA. (Al público.) Se les ve tan felices, ¿no les parece? Así, los dos en la misma mesa. Mi mesa. Veamos. (Toma el cuaderno de Ted, lo hojea y lo lee en silencio.) ¿Mi fleco a lo Veronica Lake? ¿Mi exagerada sonrisita americana? (Finge esa sonrisita y luego un mohín de enojo.) Para que lo

sepan, Ted no me vio por primera vez en una foto en el Strand, como escribe en su poemita...

Sylvia deja el cuaderno frente a Ted y se dirige al lado de Assia. Toma de la mesa un libro de Yehuda Amijái, observa el título en caracteres hebreos y lo abandona con displicencia.

SYLVIA. Así que ahora esta belleza traduce poesía del hebreo...

Sylvia hojea el cuaderno de Assia y, como si le diera asco, lo deposita sobre la mesa. Las dos mujeres se encaran por un instante, retadoras. Por fin Assia baja la vista. Sylvia se hace a un lado, enciende un cigarrillo y fuma en silencio.

ASSIA. (A Ted, leyendo en voz alta.)

«Cuando me abandonaste,
dejé que un perro acercase su olfato
a mi pecho, a mi vientre, y así lleno de ti,
corrió sobre tu rastro.
Espero que desgarre
los huevos de tu amante y le arranque las medias
o vuelva al menos
trayéndome tus medias en los dientes».
¿Qué opinas?

Ted alza la vista con fastidio.

ASSIA. Traté de respetar el ritmo.

TED. Ajá.

ASSIA. ¿Destace o despedace?

Ted no responde, concentrado en su propio texto.

ASSIA. ¿Cuál te suena más agresiva?

TED. (*Distraído.*) Ninguna es muy afortunada, zorrita.

Destace, supongo.

Assia toma la pluma y anota.

SYLVIA. (*Al público.*) En vez de una poeta, una traductora... ¿Podrá consolarme este descenso?

Se escucha el llanto de una niña. Ted mira a Assia, instándola a callarla.

SYLVIA. (*A Assia.*) ¡Con esos aullidos, Ted jamás podrá terminar el poema con el que pretende hacer las paces conmigo!

Assia sube las escaleras a toda prisa. El llanto se agota al cabo de unos momentos.

3

La luz se torna más cálida.

SYLVIA. (*Al público.*) ¡Qué paz!

Sylvia se acomoda en el lugar que antes ocupaba Assia. Toma la pluma, abre el cuaderno y escribe por unos segundos, concentrada.

SYLVIA. ¿Ted? (*Ted no hace caso.*) Sin duda es talentoso. Y encantador... ¿Ted? Pero, bueno, la verdad apenas lo conocemos. ¿Teddy?

TED. (*Con el mismo fastidio de antes.*) ¿Sí?

SYLVIA. ¿Crees que haya sido buena idea, Ted? Dijimos que intentaríamos mejorar nuestra vida... social, pero, Ted, ¿no te parece apresurado? No sé, Teddy, su mujer...

TED. Hoy conté cuántas veces me has dicho Ted o Teddy desde que empecé a trabajar, cariño. Ciento veintidós.

SYLVIA. ¡Ted!

TED. Ciento veintitrés.

Sylvia guarda silencio. Toma otra vez la pluma y escribe.

La luz vuelve a tornarse espectral y envuelve a Sylvia.

SYLVIA. (*Para sí.*) Te llamé, Ted, te llamé una y otra vez, y nunca contestaste, Ted, te dije que me llevaras, Ted, que me llevaras adonde tú quisieras, Ted, a cualquier lugar, como antes, como al principio, y tú dijiste que no, Ted, que me

tranquilizara, que no bebiera más, que lo tomara con calma, ¡con calma!, y luego volví a llamarte, Ted, una y otra vez, y ya no estabas allí, Ted, te escabulliste a Rugby Street para que no pudiera encontrarte, Ted, al mismo departamento donde pasamos nuestra primera noche juntos, Teddy, al mismo lugar donde tú y yo hicimos el amor por primera vez... *(Suma mentalmente y se dirige al público.)* ¿Ciento treinta y dos?

La luz regresa al brillo primaveral. Tocan a la puerta.

SYLVIA. ¡Ya están aquí!

TED. Ve a abrir, cariño.

Sylvia se dirige a la puerta, se acomoda el cabello y abre.

El primero en entrar es David, con una pequeña maleta en la mano. Parece aún más joven de lo que es, nervioso y quizás demasiado circunspecto, habla en un tono apenas audible y en ningún momento deja de mirar, o más bien de admirar, a su esposa.

David titubea, sin saber cómo saludar a Sylvia. Al final, ella le planta un beso en cada mejilla. Assia, con un vestido ligero y elegante, una chaquetilla y zapatos altos de tacón, lo sigue unos pasos atrás.

Las dos mujeres se barren con los ojos.

Ted le da un apretón de manos a David y un histriónico beso en la mano a Assia, sin quitarle la vista de encima.

TED. ¡Adelante, David querido! (A Assia.) Assia, ¿verdad? Todos los jueves en el Círculo oímos los poemas que te dedica tu marido.

ASSIA. ¡Qué vergüenza! ¿Son buenos?

TED. Magníficos. Aunque claramente no a la altura de su inspiración. (A ambos, presentándoles a Sylvia.) Sylvia, mi mujer.

Las dos mujeres se estudian la una a la otra.

David deja la maleta en el suelo y se quita la gabardina.

Sylvia la acomoda en un perchero mientras Assia se limpia insistentemente los zapatos en el tapete para quitarse el lodo que ha arrastrado del camino.

SYLVIA. Acomódense, por favor, el viaje desde Londres es una pesadilla.

DAVID. No saben cómo nos alegró...

ASSIA. (Interrumpiéndolo.) Los transbordos son eternos.

TED. ¡Té! (A Sylvia.) ¿Te encargas, cariño?

DAVID. Dos cucharaditas de azúcar para mí si es posible, y una rodaja de limón para Assia si no es molestia.

Sylvia se dirige a la cocina mientras los invitados pasan a la estancia.

TED. A Sylvia le parece que vivimos demasiado lejos de la civilización.

ASSIA. Como si Londres fuera la civilización.

DAVID. ¿Cuánto llevan ya aquí?

SYLVIA. *(Desde la cocina.)* Diez meses, cinco días, trece horas...

TED. ¿Ustedes están a gusto en Chalcot Square? A Sylvia tampoco le gustaba ese departamento, espero que ustedes lo encuentren cómodo.

DAVID. Estamos encantados, gracias de verdad por alquilárnoslo.

ASSIA. Nada como el campo para criar una familia. Eso decía mi madre. Yo jamás pude hacerle caso.

DAVID. Assia adora Londres. Nació para Londres.

TED. *(A Sylvia.)* Aquí los dos hemos podido escribir como en ninguna otra parte, ¿no es verdad, cariño? *(Sylvia no responde.)* Y, aunque no lo reconozca, Sylvia necesitaba un poco de tranquilidad.

SYLVIA. *(Desde la cocina.)* Como ven, Ted siempre sabe lo que me conviene.

Assia se pasea por la estancia, observando cada detalle, hasta detenerse frente a un cuadro que representa una perca.

ASSIA. ¡Justo ayer soñé con un enorme pez parecido a este!

TED. *(Sorprendido.)* ¡Una perca! Mi animal favorito...

Desde la cocina, Sylvia los observa con suspicacia.

ASSIA. No sé qué significa.

DAVID. Que te mueres de hambre, amor.

ASSIA. Tenía un feto en el ojo.

SYLVIA. Eso suena menos apetitoso.

Todos ríen.

Assia y David se acomodan en el sillón mientras Sylvia regresa con el té.

DAVID. ¿Van con frecuencia a la ciudad?

SYLVIA. Menos de lo que yo quisiera.

TED. Tengo varios trabajitos para la BBC, efemérides, lecturas... Y a Sylvia acaban de aceptarle un nuevo programa radiofónico.

ASSIA. ¡Qué emocionante!

SYLVIA. Debo acomodar unos cuantos poemas y darles un poco de orden, nada más. Por lo menos me distraigo.

DAVID. Cuéntales tú, Assia, de ese *jingle* que tuvo tanto éxito... (*David canturrea el jingle.*)

ASSIA. Una tontería.

DAVID. Su jefe acaba de darle un bono.

TED. Hace mucho yo también trabajé en publicidad. ¿Te lo conté, cariño? Me parece tan difícil escribir un buen anuncio como un buen poema.

Sylvia imita burlonamente la tonada del jingle.

ASSIA. Por más que te esfuerces por hacer un buen comercial, al cabo de una semana ya nadie se acuerda de él.

SYLVIA. Con los poemas pasa lo mismo. Y, para colmo, nadie te paga un bono.

TED. Como pueden comprobar, mi mujer es una crítica implacable. Más que a mí, deberías mostrarle tus poemas a ella, David.

SYLVIA. (*A David.*) Créeme, solo soy dura conmigo misma.

TED. No se imaginan cuánto.

DAVID. Su opinión sería invaluable. La de los dos, quiero decir.

ASSIA. No soy ninguna experta, pero lo último que escribió David me hizo sentir escalofríos.

TED. ¿Ahora escribes historias de terror, David querido?

SYLVIA. Déjame leerlos a mí primero, prometo ser sincera y dulce.

ASSIA. Sé dura, Sylvia, mi David puede soportar eso y más.

TED. ¿Les gusta Lowell? Acabo de conseguir la grabación de su último poema. Podríamos escucharla esta tarde si tienen ganas.

DAVID. ¿No te lo decía el otro día, Assia, cuánto admiro a Lowell?

ASSIA. Admiras a tanta gente, amorcito.

TED. (*A Sylvia.*) Nuestros invitados vendrán hambrientos del viaje.

SYLVIA. ¿Por qué no vas con David al mercado de Dartmoor a recoger el cordero mientras Assia y yo vamos preparando la salsa?

DAVID. ¿Me dejarás manejar tu coche, Ted?

TED. Un invitado siempre debe tener la oportunidad de aniquilar a su anfitrión.

Los dos toman sus sombreros y gabardinas, y salen.

4

Sylvia y Assia se quedan solas.

SYLVIA. ¿Te importaría ayudarme?

Las dos se instalan en la cocina. Sylvia toma unas cebollas y se las entrega a Assia.

SYLVIA. Hay otro cuchillo en el cajón.

Sylvia corta las cebollas con seguridad, mientras que Assia lo hace torpemente, incómoda.

SYLVIA. Mira, así...

Sylvia apoya su mano en la de Assia y la guía. Las dos cortan cebollas en silencio. Se miran de reojo, sin que ninguna se atreva a hablar durante unos segundos.

SYLVIA. A mi marido casi nada le gusta, pero quedó muy impresionado con los últimos poemas de David.

ASSIA. Estoy segura de que tendrá una gran carrera. Tu marido le recomendó presentarse a ese premio...

SYLVIA. ¿El Hawthornden?

ASSIA. Ese.

SYLVIA. Ted nunca pensó que fuera a ganarlo él mismo.

ASSIA. David ve a Ted como un mentor.

SYLVIA. *(Riendo.)* A buen árbol se arrima.

ASSIA. ¿No crees que quiera echarle una mano?

SYLVIA. Digamos que Ted solo le daría un premio...
a Ted. Pero estoy segura de que David será buen
candidato. Se lo recordaré esta tarde.

ASSIA. No sabes cuánto te lo agradecería.

*Las dos siguen cortando cebollas en medio de otro
gélido silencio.*

SYLVIA. ¿Te puedo preguntar cómo se conocieron?

ASSIA. Es una historia complicada.

SYLVIA. Quedan muchas cebollas.

ASSIA. Desde que vi sus ojos, no tuve duda de que
David era para mí. Estaba allí, sentado a la mesa
frente a un enorme platón de cerdo a la ciruela, y
de pronto levantó la vista hacia mí, como asusta-
do. ¿Te han mirado así alguna vez, Sylvia? Como
si te conocieran desde siempre.

SYLVIA. Nunca.

ASSIA. Estábamos en el comedor del trasatlántico
que nos llevaba de Montreal a Londres...

SYLVIA. Suena muy romántico.